

JUEVES 25

El Mercadillo estaba rebotante de personas, de géneros, de sonrisas y de griterío. Tenía que comprar una pecera sencilla para un niño, para alegrar la vida de un niño amigo. El paseo por el Mercadillo siempre es dificultoso, pues son muchas las personas conocidas con las que hay que pararse y preguntar por los hijos, por los enfermos, por las ausencias, por los exámenes, por las goteras, por la depresión, por el alejamiento... La sonrisa natural se siente un poco cansada en la medida en la que el camino se va alargando y los minutos van pasando sin compasión.



El objetivo de comprar una pecera va pasando a un segundo lugar, para acabar convirtiéndose en una mera disculpa para sentir que Tú me has traído esta mañana al Mercadillo para ver, a quienes estoy viendo, para saludar y hablar a los que lo estoy haciendo. Marisa iba con sus cinco hijos, como una gallina con sus polluelos. Todos se han tirado a mis brazos. ¡Están tan necesitados de cariño ... ! Me cuentan y no pasan sobre los malos tratos recibidos, sobre la necesidad de dinero para cuestiones elementales, del problema hepático de uno de los niños, de posible raquitismo, de los miedos que tienen, del herpes que ella padece... Le pido que coma, que se cuide un poco. Hablamos sobre las ayudas que le prestarnos entre todos, de la gente maravillosa que la acompaña... Mientras tanto, sigue pasando gente que nos saluda, que se para a besar a los niños...

El pueblo y el mercado.

Cuando llegué al puesto de las peceras, agilicé lo que pude la compra y salí con prisas del Mercadillo. Necesitaba hablar contigo, Señor. Necesitaba perforar. Se me escurrieron unas lágrimas y me serené: volví hablando, silenciosamente, con tu Espíritu, Por las calles, con mi pecera en los brazos. Ya no puedo decir si vi a más gente, si me saludaron, o si el mundo desapareció. Ahora solo me interesabas Tú. Sólo quería hablar contigo. Tenía muchos deseos de contarte todo lo que el pueblo ha transmitido, todos sus dolores, todas sus angustias, todas sus alegrías. Por cierto, que hay que darte las gracias por la operación de Miguelito, el hijo de los vecinos, que ha salido muy bien. Marisa necesita, como nadie, soluciones, para ella y para sus hijos. El pueblo, las personas: una maravilla. El Mercadillo es un ámbito privilegiado para encontrar motivos de encuentro, de reunión y de relación contigo. ¡Gracias! Merece la pena vivir en esto poco y sencillo. Así me siento persona, me siento cristiano, me siento sacerdote.

